EL CANON Y HAROLD BLOOM

Establecer el canon es establecer la Ley. Es excluir, pero sobre todo es separar. Por eso es lícito preguntarse por lo que Bloom separa, y por cuáles son sus razones. Lo que separa: el feminismo, el marxismo, el multiculturalismo, la semiótica, la deconstrucción, el nuevo historicismo y los caminos abiertos por Lacan. Sus razones: restituir un orden y una visión del mundo –una ética– "wasp", en un momento en el que la explosión de lo plural amenaza con arrasar los viejos dogmas.

Por IRIS M. ZAVALA

Las nuevas formas artísticas se crean mediante la canonización de las formas periféricas o marginales
Víctor Shklovsky

Hace 15 años, **El canon occidental. La escuela y libros de todas las épocas** (1994; tr. 1995) no hubiera suscitado polémica alguna: no sería un alegato a contrapelo en favor de un corpus teórico cerrado y sistemático. Y, sin duda, hubiera pasado tan desapercibido en España como los libros anteriores de Bloom, que apenas han tenido eco. El título mismo equivale a una interpelación, y simultáneamente, una negación del mismo canon que lanza como reto contra las seis plagas, o los pecados capitales que como espectros, asedian al humanismo. Espectros animados con nombres de disciplinas que dislocan y desquician el porvenir, predicando la multiplicidad y la heterogeneidad: el feminismo, el marxismo, el lacanianismo, el Nuevo historicismo, el

deconstruccionismo y los semióticos. Estos fantasmas están ahí desde que se levanta la tapa del libro: el canon equivale a una amonestación contra esos insurrectos infiltrados en la "casa del saber". Bloom, príncipe de un estado corrompido, inicia un duelo por una herencia de orden, jerarquía, estabilidad, y asedia este tiempo, esa historia, ese mundo que él cree trastocado, desquiciado, desarreglado y loco. Y quiere llevar las cosas por buena dirección, exponiendo el canon de los cánones, el cantar de los cantares, cuya sola presencia –mejor aún– cuyo solo nombre, ha de hacer volver los espectros a sus tumbas.

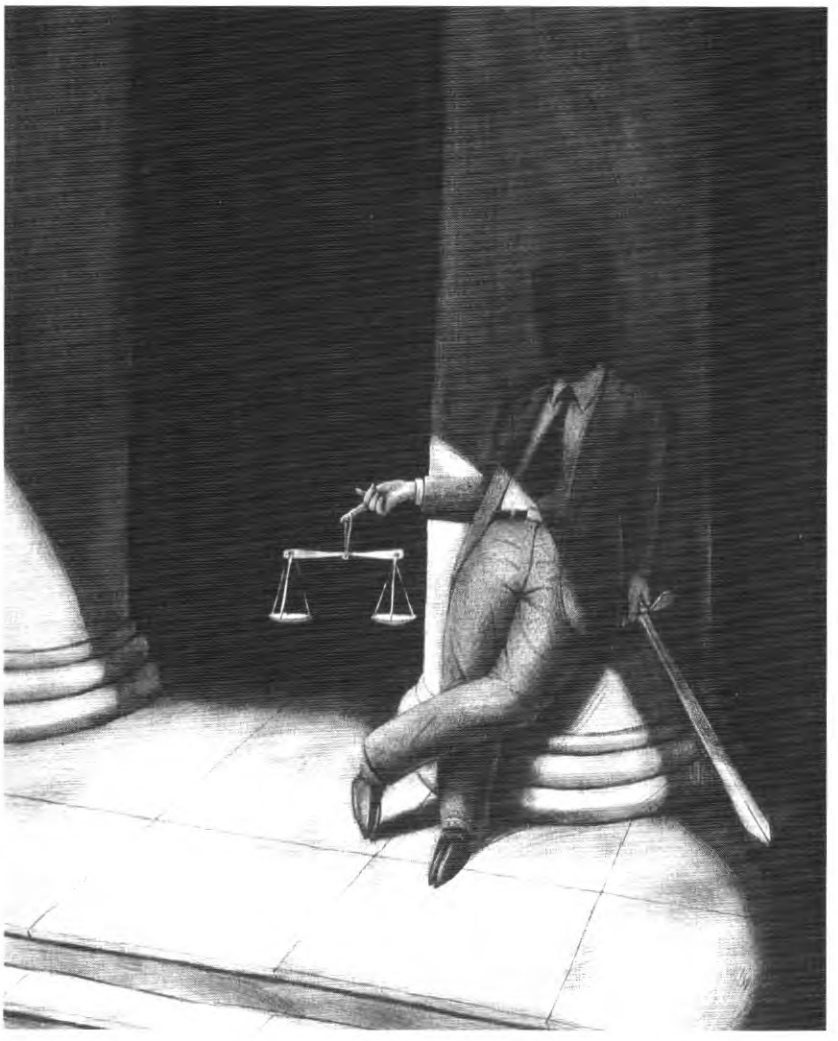
A riesgo de una simplificación inevitable, me parece que lo esencial de la sonada repercusión de **El canon occidental** obedece a dos cálculos, a un doble signo: solicita a sus lectores que estrechen filas en favor de lo que ha permanecido inalterable a pesar de los cambios históricos –los grandes autores representados por su gran texto, las obras singulares que han organizado nuestras identidades colectivas; y que reclamemos respeto por ellos y reconozcamos su trascendencia y autoridad incuestionables. El crítico del *establishment* académico nos invita a conjurar el fantasma del multiculturalismo y las otras plagas que corren por Occidente, invocando un concepto tradicional de lectura. Recurre a estos códigos maestros para combatir lo que considera una revuelta contra el santuario de la Historia, y se arroga una excelencia cientificista y académica, empeñado en levantar murallas contra la legión de insumisos que cuestionan las jerarquías establecidas y la celebración sacralizadora de los clásicos. La hegemonía organiza la represión, que diría Derrida, y confirma su asedio. Seis son los espectros que proyecta el boato profético de la gran crítica que Bloom evoca. Como espectros, estas seis diferencias están por venir; para redondear el número mágico añadiremos una séptima: el fantasma del multiculturalismo, que desordena el orden mundial tanto en los Estaos Unidos, en Europa cuanto en una España cada vez más fenicia o magrebí. El libro, entonces, evoca el runruneo sacerdotal de la autoridad académica, y hace sonar tañidos fúnebres para acompañar su discurso sobre el fin de la historia del saber absoluto. Lo de menos es la lista de nombres canónicos, si no la forma de leer los textos, y los intereses dogmáticos, paradójicos y sospechosos que mueven al crítico. Una lectura ingenua del canónico canon prestaría atención sólo a la lista de autores, contentándose con enumerar los nombres excluidos, o discrepar con la nómina de espíritus privilegiados incluidos en esa jubilosa e incantatoria elegía. (Debo confesar que reconforta corroborar que el canon también habla español, o italiano, o francés, o portugués aunque toda cita directa aparece e su traducción al inglés en la versión original que manejo). El canon de Bloom tranquiliza, ofrece seguridad, mantiene el culto de los autores fetichizados, impone normas y a menudo mide con el rasero reductivo de las culturas que hablan inglés. Domestica los textos extranjeros mediante una operación reductiva que los hace depender de los valores dominantes culturales en inglés: de tal forma que Borges, Neruda y Pessoa se justifican por ser cada uno un Whitman. El ejército de nombres canonizados –donde no faltan mujeres– defiende la frontera infranqueable de lo establecido, y las instituciones amenazadas se convencen de detener a tiempo esos espectros inquietantes.

La certeza de lo canónico se ha convertido en bandera de lucha para cuantos piensan que la conservación del orden y el mantener las cosas en su lugar son indispensables para contrarrestar el efecto inquietante del "multiculturalismo". De tal manera que para que lo "real" no se altere, algún intelectual o alguna institución se piensa indispensable para la permanencia de la ley, para salvaguardar el rigor de la existencia de lo real. El espíritu enciclopédico, totalizador, casi escolástico de Bloom forma parte de ese universo académico en que la regla de competencia se sostiene reafirmando la investigación científica. De tal forma que, en nuestras sociedades, afligidas por una atrofia teórica efecto de una dieta unilateral de ejemplos, el investirse de autoridad hace posible el runruneo sacerdotal de la tradición académica. Pero es necesario fechar los textos (vigorosa enseñanza de Pierre Vilar), e intensificar la experiencia lectora del texto de Bloom en 1996, conociendo el espacio literario, sus tácticas y estrategias de poder. Esta exigencia es un punto de partida para comprender cómo se forma un punto de vista singular sobre este espacio en pugna. El canon occidental ofrece como palenque y axiomática la construcción de una totaliad histórica que necesariamente aísla y privilegia uno de los elementos dentro de la totalidad, de manera que el código maestro o "esencia" figure en primer plano como la clave interpretativa. Si el tomar la palabra supone un conjunto de acciones, relacionadas con las ideas de saber, deber, ser, parecer, verdad, falsedad los lectores hemos de estar en disposición de analizar la posición de sujeto construida en este libro, la singularidad de esta posición y quién la ocupa.

El sabor de la cultura tradicional no debiera contribuir a la figura principal de la ideología: el estereotipo de los otros. En este preciso sentido se podría decir que Bloom cae en lo que Isaiah Berlin llama la *falacia iónica*, que se sostiene por dos hipótesis: primero, dar por sentado que exista un método único para descifrar la estructura de la verdad; segundo, que las respuestas "correctas" para todas las preguntas normativas válidas sean necesariamente compatibles. Corresponde prestar nuevo oído, y es necesario "leer" el texto de Bloom dándole su lugar relacional en un sistema dialógico, intentando reconstruir la voz o las voces a las cuales se opone, ahogándolas y reduciéndolas al silencio. El acento sobre una lectura dialógica nos permitirá releer y abordar la forma hegemónica misma que el crítico ha ido elaborando estratégicamente como efecto de creencia. Bloom se hace eco y se propone desmontar lo que llama "las seis ramas de la Escuela del Resentimiento" (y repito): el feminismo, el marxismo, el lacanianismo,

BLOOM, PRÍNCIPE DE UN ESTADO CORROMPIDO, INICIA UN DUELO POR UNA HERENCIA DE ORDEN, JERARQUÍA, ESTABILIDAD, Y ASEDIA ESTE TIEMPO, ESA HISTORIA, ESE MUNDO QUE ÉL CREE TRASTOCADO, DESQUICIADO, DESARREGLADO Y LOCO

el Nuevo historicismo, el deconstruccionismo y los semióticos. Y contra todo ello practica, dice, la "psicología de la autoría": el canon está compuesto por autores específicos, no por textos (Chaucer, Dante, Montaigne, Cervantes, Shakespeare...). Intentaré precisar qué intereses defiende Bloom, siguiendo el desarrollo de su pensamiento crítico y una poética que se encarne en el pasado y hacia el porvenir en una cultura norteamericana que Max Weber llamaría la ética protestante y el espíritu del capitalismo, pues protestante y profético, casi de un pesimismo heroico, es "el destino manifiesto" que esta poética formula como imprecación del justo. En este punto se impone cotejar las contribuciones de Bloom a la historia de la crítica y seguir lo que en su discurso tiende a ser dominante. Dentro de los límites disciplinarios escogidos su reputación se concreta desde su primer libro sobre Percy Shelley (el esposo de Mary Shelley) en 1959, donde inicia una revisión del Romanticismo inglés. Ya en la década de 1970 se centra cada vez con mayor precisión en la poesía, y su *The anxiety of influence* (1973) perfila lo que será su poética, apoyada en dos conceptos freudianos: la historia familiar y el complejo de Edipo. De tal forma que la creación poética se mueve como impulso de ansiedad, a partir del odio al padre (los precursores). Si Freud sitúa el papel crucial del complejo de Edipo y de la familia patriarcal en su relación con la castración, en la creación poética el odio al padre adquiere las formas de desplazamiento de tropos defensivos que disfrazan y engranan la voluntad de auto-creación. Para Bloom (y éste será el *leit motif* de su obra), un gran poeta tiene el valor de reconocer su propio retraso respecto a la tradición que hereda, al mismo tiempo que intenta subvertirla cubriendo de "tropos" a sus predecesores, demostrando así que "na te debo...".



Hagamos una digresión que pronto dejará de serlo. ¿Qué hay en el interior de este discurso "freudiano"? Poco, si es capaz de llamar a Freud "chamán" y reducirlo a mero ensayista. Pero retomemos el hilo del canon. Si para Freud lo importante del complejo de Edipo radica en reconocer qué función asume el sujeto en el orden de las relaciones simbólicas que cubre todo el campo de las relaciones humanas, y cuya célula inicial es el complejo de Edipo, donde se decide la asunción del sexo, Bloom manifiesta un gusto pronunciado por una lectura de Freud mediatizada por el psicologismo angloamericano que persigue un "yo" fuerte y una identidad reforzada. Esta "psicología del yo"(en términos de Lacan) impide disolver la identidad y aceptar la división, y permite evadir plantearse el *sujeto* ex–céntrico. Posición que induce a Bloom a crear referentes inmóviles y una homogeneización de valores que simplemente ignora otros grupos sociales y desatiende la diferencia; es decir, el fondo caótico de la existencia.

Con lo dicho, uno se pregunta cómo se las habrá ingeniado Bloom para utilizar sus categorías de "fuerte" y "débil" al explicar la "ansiedad de las influencias". Esta ansiedad permite identificar los discursos que para evitar confusiones, llamaré hegemónicos. Desde sus primeras contribuciones nuestro autor efectúa una especie de retorno al protestantismo radical que contribuyó a la guerra civil inglesa, y que luego estrecha lazos con los jóvenes románticos ingleses y su entusiasmo con la revolución francesa. Retoma así al romántico miltoniano (vía Spenser, de Milton a Blake, Shelley y los modernos Lawrence y Yeats; y Emerson y Wallace Stevens), en contraposición a la línea anglocatólica, conservadora y clásica propuesta por Eliot y los "Nuevos críticos" (Eliot y Yeats están ausentes). A través de este "canon", aspira a reorientar a los críticos a retomar esta tradición; la crítica se define así como una forma de restitución o re–normalización poética. Claro que, detrás de este neoromanticismo como presencia–ausente, está la figura de Emerson, que Bloom considera el gran precursor de la vitalidad y la fuerza norteamericanas. Lo que propone es una ética, y Lacan nos ha advertido contra una ética universal, que condiciona la segregación, como el saber absoluto, que segrega y compartimenta para anular la reflexión.

Tanto **La angustia de las influencias** cuanto **A map of misrea-**

ding (1975; que yo sepa, aún no traducida al español), fueron canónicos en su momento, reacentuados y releídos en múltiples direcciones. Ambos se apoyan en una terminología arriesgada, algo extravagante, mediante la cual se encuadra el laberinto de artimañas de la razón imaginativa. En el **Kabbalah and Criticism** (1975; **Crítica y cábala** 1978) el tono esotérico aumenta, al homologar la creación poética con los misterios cabalísticos de la Creación y con la tradición hermética. El programa crítico que propone no puede estar más alejado de la perspectiva ortodoxa eliotiana; el libro constituye una vigorosa defensa y homología entre la creación poética o "actos de rebeldía creadora", y la sabiduría cabalística.

A ningún lector medianamente perspicaz se le puede pasar por alto que el tono de "modernidad" de Bloom apenas encubre el problema tradicional de reconocer quién era poeta y cómo nacían (y se hacían) los poetas. Todo el gigantesco edificio del humanismo tradicional excluyente se apoya en estos cimientos y en la creencia del poder salvador de la imaginación poética. La lírica se convierte en género privilegiado para expresar las valoraciones del mundo desde el yo, y la cantidad de constructos teóricos que surgieron a partir de la conocida función poética definida por Jackobson, fundando una suerte de autotelismo del mensaje poético, y, además, el hacer inseparables retórica y poética. La de Bloom es, pues, una retórica poética limitada a los tropos, además de articular ese mundo del yo –o sujeto unitario, el sujeto trascendental– entronizado por el romanticismo. El lenguaje poético aparece como acceso inmediato al ser, y la poesía como espacio redentor.

Con **Poetry and Repression** (1976; **Poesía y represión**) culmina su tetralogía teórica y establece con precisión sus conceptos dominantes: la "influencia" como categoría poética central, cuya fuente primordial no es Freud ("el chamán"), sino la cábala. Y precisa aún más: la influencia equivale a un espacio retórico, el lugar de la producción poética. Es lo que está implícito y oculto, pero siempre está allí. Afina y centra sus conceptos en **Poesía y represión**, allí el tema tradicional de la inocencia natural reconquistada que obsede a aquella línea poética que va de Blake a Wallace Stevens, se conecta aquí a lo "sublime romántico" como búsqueda de orígenes. La represión es un concepto evidentemente freudiano [*Verdrängung*] –como buena parte de sus conceptualizaciones teóricas– que Bloom reduce a motivo sublimado, es así la conciencia del fracaso constante, a la vez que la posibilidad de recuperar lo sublime a través de las crisis y conflictos de la influencia sublimada. No he de elaborar esta reducción, ya que el concepto de represión equivale a unos de los descubrimientos freudianos importantes (véase el Seminario I de Lacan 1953–54 en 1992). El punto crucial que hemos de tomar en cuenta es su defensa de la poesía como *ethos* del individualismo romántico y su intento –simultáneo– de establecer relaciones intertextuales, mediante un proceso de desplazamiento que solo puede describirse en términos retóricos.

Después de todos estos análisis de recuperación, Emerson permanece como la presencia mediadora de un pragmatismo idealista que trasplanta (prefiero el término *transculturación*, de Fernando Ortiz) lo sublime de Wordsworth y Shelley a nuevos principios. La bancarrota del idealismo se transforma en Emerson en una voluntad radical hacia los poderes de la imaginación. Stevens entra en este concierto como "voz" de intensa visión moral y por su "pathos" humano, cuya relación con lo sublime angloamericano lo envuelven en una retórica de crisis, y su secuencia de tropos redentores y de rebeldía creadora. De tal forma que, como crítico, Bloom aspira a cumplir la función de Stevens: moverse dentro y más allá de una epistemología escéptica, hacia un concepto de retórica que reinstalaría la función del poeta (y la del crítico) como un pescador de verdades imaginadas, un profeta. Con lo dicho, tienen que haberse percatado de las abismales diferencias que separan a Bloom de los deconstruccionistas, la mal llamada "Escuela de Yale" –Geoffrey Hartman, Paul de Man, Jacques Derrida– cuyo escepticismo debiera dar paso –según el reproche que les dirige Bloom– a una tropología redentora, consciente de sus limitaciones. Apela así a la doctrina gnóstica, porque en la visión cabalística todo lenguaje no es más que tensión elevada a un tono apocalíptico. Así concluye su libro sobre Wallace Stevens (1977).

Hagamos en este punto un corte temporal, que debo hacerles percibir como un relámpago. En las décadas de 1970 y 1980 la deconstrucción y el posestructuralismo significaron una apertura de máxima repercusión, planteando los problemas de la lectura y el texto de manera que tocó la fibra del edificio simbólico, poniendo en tela de juicio de manera radical la idea misma de "progreso" implícita en la contabilización de la historia como hipótesis de dominio. De tal forma que de manera algo vacilante, imprecisa comenzaron a difundirse en ondas las teorías lacanianas sobre el sujeto: todo el postestructuralismo desde Althusser incorpora al sujeto en su manifestación a través de esa forma especial que es la producción de un discurso organizado y de las ideologías. Esta concepción del sujeto nos ha ayudado a pensar el discurso de otras formas, y está presente en los análisis de los dispositivos del poder de Foucault, que aludirá a "posición de sujeto", Derrida retoma al sujeto descentrado, el último Barthes, e incluso Lyotard, Baudrillard y los analistas de la posmodernidad introducen en su función reguladora al sujeto hablante. La diferencia entre "sujeto" y "yo" distingue la teoría actual, y desde esta perspectiva, la apoyatura de Bloom aparece como metafísica y tradicional –si bien concurre en todo momento para garantizar la hegemonía o el imperialismo en cuestión–, y precisamente esos límites se dejan reconocer por varios signos. Sólo puedo situar unos cuantos muy esquemáticamente: 1) la relación entre una ética universalista y la versión filosófica del lenguaje del anti-

EL PROCESO DE CANONIZACIÓN NOS INDUCE A ACEPTAR COMO EVIDENTE LA JERARQUÍA INSTITUIDA PARA LIMAR LA PLURALIDAD

guo sujeto de la reflexión trascendental. 2) una lógica esencialista cuyo rasgo básico es la homogeneización de la irreductible pluralidad de las luchas particulares. 3) la relación de lo ideológico con lo científico. A nadie se le escapa que un conjunto de dispositivos (y sigo a Derrida) –el discurso expresamente político, el discurso de la cultura mass-mediática de la información y el discurso intelectual, erudito o académico– están soldados por los mismos aparatos. Y, más importante aún, sean cuales fueren los conflictos entre ellos, concurren en el punto de mayor fuerza para garantizar la hegemonía o el imperialismo en cuestión. Dominación que "condiciona y pone en peligro la democracia", en certeras palabras de Derrida.

Como resultado de esta concurrencia, el punto ciego de Bloom radica en no reconocer en estas luchas la contingencia radical del proceso histórico–social –el discurso social– y estar sordo para captar en esta pluralidad una multitud de respuestas al mismo núcleo. Intenta, así, abolir las diferencias en la economía del capital simbólico: el lenguaje. El proceso de canonización nos induce a aceptar como evidente la jerarquía instituida para limar la pluralidad. La ley (el Nombre–del–Padre, según Lacan) salvaguarda perfectamente la forma ordenada, sin alterarla. Así que, independientemente de toda subjetividad, la ciencia (en este caso literaria) se combina y se totaliza, tomando "algo" en lo real que pueda soportarlo: un canon universal (me permito una re–lectura de Lacan, Seminario II, 1983). Se trata de una lucha por el capital simbólico, y de su lugar en los programas de estudio y en la institución universitaria.

Retomemos el canon o código maestro: en principio el código evita las ambigüedades, y lo canónico se define como "regla" o "ley". Es éste un principio de selección que justifica la preservación histórica de unos autores; en fecha más reciente, el canon se interpreta como una cadena de juicios valorativos que apenas encubre fenómenos ideológicos antagónicos de exclusión. Esta controversia se ha convertido en uno de los puntos nodales de la teoría y crítica literarias de estas postrimerías del siglo XX. De alguna manera (y sin extremar las analogías), lo canónico pone al descubierto que el sujeto nunca está en realidad en posición de escoger, porque está atrapado en la red significante de su comunidad. Esta es la razón de que se haya "desublimizado" la historia literaria; empleo el término "objeto sublime" en un estricto sentido lacaniano. Es decir, el objeto que no puede ser abordado demasiado de cerca, o pierde sus rasgos sublimes, y se convierte en un objeto vulgar y común, cotidiano; se desintegra porque en sí no es nada. Esta coincidencia inmediata de determinaciones opuestas o incluso contradictorias es lo que define lo canonizado; de tal manera que los grupos excluidos abogan por una apertura del canon, que a su vez ha generado otros problemas.

Falsificaríamos estas notas si no identificáramos el canon con el mundo europeo occidental, como hace Bloom; la tradicional mirada historiográfica ve la historia literaria como una continuidad de progresión cerrada que descarta lo que "fracasó" en la historia. La historiografía imperante escribe así una historia "positiva" de grandes logros y tesoros culturales. Parafraseando la conocida tesis VII de Walter Benjamin: los tesoros culturales tienen un origen que no se puede contemplar sin horror, "no hay ningún documento de civilización que no sea al mismo tiempo un documento de barbarie".

Quiero destacar alguna sorprendente congruencia entre la revolución y el concepto mismo de canon. En esta configuración, y retomando a Benjamin, la revolución amenaza al pasado porque la conjunción revolucionaria real funciona como una condensación de posibilidades anteriores que se han desperdiciado y que se repiten en la revolución presente. "Retorno de lo reprimido", "repetición", diría Freud. El canon y la formación del canon se establece mediante exclusiones; y en los Estados Unidos el desarrollo de la lucha de las mal llamadas minorías, antes reservada al orden político, ha ido alcanzado la institución académica y

literaria. No solo el posestructuralismo, sino las teorías sobre "el otro", el feminismo, la posmodernidad, el posmarxismo, los fundamentos sobre el poder elaborados por Foucault. En fin, toda una constelación cuya tríada son clase, género y raza: es decir, todas las ramas de la "Escuela del Resentimiento", que parece tocar personalmente a Harold Bloom. Aquello que fue excluido (y retomo a Benjamin) se abre hacia la redención y el apocalipsis –cuando hasta los muertos sufrirán una segunda muerte. En palabras de Benjamin: "ni los muertos estarán a salvo del enemigo si este vence" (tesis VI).

En esta concepción, "los estragos" del multiculturalismo (y me deslizo por el discurso favorecido por algunos de los reseñadores en libro en la prensa española) –que amenaza el orden simbólico– se percibe no sólo como enemigo, sino como una especie de infancia de la humanidad. No es de extrañar, pues, que **El canon occidental** se levante en El-Nombre-del-Padre, de la Ley, como código, como clausura, como la forma acabada de los valores de Occidente. Hablando estrictamente, este procedimiento implica silenciar la palabra. El "multiculturalismo" –concepto que nos añade este *plus* de "plagas"–es núcleo esencial de lo que Gerald Graff denominó "las guerras culturales", ese profundo antagonismo que escinde el mundo universitario norteamericano, cuyo desarrollo potencial pone en tela de juicio la institución académica occidental misma y su destino. Es éste el proyecto concertado desde el siglo XIX, que Lyotard ha analizado de forma brillante ligándolo a los tradicionales problemas de la ciencia, el arte, la ética o la religión. Se trata de la cuestión del saber en sus relaciones con la hegemonía político–económica y la dominación intelectual o discursiva. En el fondo, este fantasma toma el rostro de un encarnizado debate sobre la identidad nacional, en un mundo académico pensado como producción de sujetos dedicados a la investigación científica, y obedientes a una noción de cultura inseparable de esa identidad. Si esta ha sido la función de la universidad desde Humboldt, no lo es hoy. Ahora estamos en la fase de la reproducción y el simulacro y en la bancarrota del positivismo empírico. Más importante, aún, en el cuestionamiento de la idea reguladora de la "literatura" en su forma clásica. El sociólogo Richard Bernstein alude a un Terror jacobino, y el crítico John Guillory redirige el problema hacia la forma canónica en su contexto social e institucional: es decir, la reacción conservadora a los cambios y revisiones en los planes de estudio.

No se trata entonces de la lista arbitraria de preferencias que Bloom incluye (cada lector establece la propia), ni siquiera de representar una contribución al género de enunciado: ¿hemos de olvidar **On Heroes, Hero Worship, and the Heroic in History** de Thomas Carlyle? ¿o algo antes la **Biographia Literaria** de Coleridge? ¿y en fecha más reciente **Les rèfractaires** de Jules Vallès, **Los raros** de Rubén Darío, los textos de Azorín sobre los clásicos, y **La crítica de la crítica** de T. Todorov (donde por cierto está ausente Bloom), o **The Great Tradition**, de F. R. Leavis? En todos los casos mencionados se trata de juicios y valores institucionales o bien de discursos que reclaman una herencia.

Pues bien: **El canon occidental** se muerde la cola en una operación tautológica. Si los autores canónicos lo son, se debe a dos motivos fundamentales: su originalidad y extrañeza, lo demoníaco o lo "siniestro". No entraré en una justificación de otros razonamientos, ni intentaré exorcizar el fetiche del-Nombre-del-Padre mediante una inversión sacrílega, pero se trata de recordar que muchos de los autores considerados canónicos por Bloom son combinatoria de culturas y no homogeneización de historias. Y que nuestro crítico vuelve obstinadamente a la clásica noción de autor (autoridad) como centro y núcleo del discurso, anulando así las mutaciones decisivas de reelaboración profunda y crítica de Barthes, Foucault, Derrida (entre otros), sobre "la muerte del autor" y los sutiles problemas que plantean los conceptos de autor, autoría, autoridad. Podríamos decir que Bloom nos quiere adormecer allí donde estábamos despiertos.

Nos devuelve todo esto al punto de partida. Comencé por decir que la crítica de Bloom se apoya en la idea de un sujeto unitario y trascendental, y deja de lado que el pensamiento más contemporáneo reconoce que el sujeto humano está dividido por un antagonismo que determina la realidad social, a través de la cual actúa la ideología. Con lo dicho sería difícil no sospechar que Bloom prefiera ser sordo a este antagonismo fundamental en las formaciones culturales contemporáneas, y que su "autoridad" de lector erudito pretenda, no sin crispaciones, homogeneizar lo heterogéneo a través de un canon. Pero exorciza sus espectros no mediante un análisis crítico, sino con la contra–magia. Parecería que ese fervor compartido contra "los clones de teorías franco–germánicas", "los ideólogos del género" y "el multiculturalismo ilimitado" –lo que Bloom llama "balcanización irreversible de los estudios literarios"– permite a los oficiantes de la recepción del canon de Bloom en España celebrar el tranquilizador efecto de lo canónico, sobre esas amenazas lejanas, pero visibles, que supondría el multiculturalismo en las instituciones educativas. Cuesta muy caro seguir este asedio como lo hacen los crédulos o los dogmáticos, y continuar esta encarnizada requisitoria. Si mi lectura es aceptable, el canon de Bloom induce en sus lectores una fantasía de control, y refuerza aquel discurso humanista que para Lacan, "parece ser el llamado mismo de la servidumbre" ■

Notas:

Bloom, Harold. *The anxiety of Influence*. New York: Oxford University Press, 1973. (tr. Caracas: Monte Avila, 1993).

———. *Kabbalah and Criticism*. Londres: Routledge, 1979. (tr.Caracas: Monte Avila, 1978).

———. *A map of misreading*. Nueva York: Continuum, 1975.

———. *Poetry and Repression: Revisionism from Blake to Stevens*. New Haven: Yale University Press, 1977.

———. *Wallace Stevens: The poems of our Climate*. Ithaca: Cornell Univerisy Press, 1977.

Derrida, J. *Los espectros de Marx*. Tr. José Miguel Alarcón, C. de Peretti. Madrid: Trotta, 1995.

Lacan, Jacques. *Los escritos técnicos de Freud*. Seminario 1. 1953–54. Buenos Aires: Paidós, 1992.

Iris Zavala, escritora y novelista, es catedrática de Literatura y Teoría Literaria en la Universidad de Utrecht. Su último libro publicado es *Colonialism and Culture* (Indiana University Press, 1993). En fechas muy próximas aparecerá *Escuchar a Bajtín* (Montesinos, 1996)